Herbert Clyde Lewis

OFENSIVA DE PRIMAVERA

TRADUCCIÓN Y POSFACIO DE
ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2025
TÍTULO ORIGINAL: *Spring Offensive*

© Herbert Clyde Lewis, 1940
© de la traducción y el posfacio, Ángeles de los Santos, 2025
© de esta edición, Editorial Periférica, 2025. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-37-4
DEPÓSITO LEGAL: CC-242-2024
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

A mis padres

CAPÍTULO UNO

Peter Winston se hallaba solo en tierra de nadie cuando los alemanes iniciaron aquel ataque del que, desde mucho tiempo atrás, se sospechaba que tendría lugar de un momento a otro y que puso fin a meses de silencio en el frente occidental. Era un precioso día de abril y el aire de Alsacia-Lorena se iba suavizando como por arte de magia antes de la primera gran acometida de la primavera. En el cielo azul, unas asombrosas volutas de nubes flotaban lánguidamente mecidas por la dulce brisa, unas nubes tan frágiles que alguien podría deshacerlas de un soplo. La superficie del ondulado terreno, helada por el invierno, se descongelaba con tanta rapidez que casi podía oírse cómo respiraba y crujía. Todo hacía un frenético esfuerzo por empezar a crecer. Incluso las minas terrestres, plantadas con astucia el año anterior, parecían capullos que estaban brotando, y los abandonados fortines que se agazapaban detrás de los arbustos parecían estar desarrollando capas de grasa adicionales en sus redondas panzas. Debido a los trajes de camuflaje que había por todas partes, el paisaje parecía incluso más hermoso

que antes. En unos bosquecillos hábilmente modificados, crecían árboles que ocultaban desniveles para cañones, y los senderos, que en realidad eran carreteras para pesados tanques, serpenteaban por fértiles prados. Bajo el efecto sonoro del gorjeo de unos pocos pájaros y del zumbido de las moscas, Winston se sintió completamente en paz con el mundo. De hecho, estaba pensando en lo mucho que aquel idílico escenario se parecía al paisaje campestre de las inmediaciones de su casa, en Indianápolis, cuando, sin ningún aviso, todas las armas del bando alemán entraron en acción al mismo tiempo con feroz y mortal intensidad. Winston imaginaba que se encontraba en su hogar, en Indiana, durmiendo en un campo de tréboles; su madre le había echado una manta por encima para que no se enfriara y, cuando ella se hubo marchado, llegó su novia y se metió debajo de la manta con él.

La guerra, hasta aquel momento, le había resultado sumamente aburrida. Tenía veintitrés años, era un joven alto, medía más de un metro ochenta, y era voluntario en el Segundo Batallón de la Tercera Brigada de la Séptima División de la Fuerza Expedicionaria Británica[1] en Francia. La compañía de Winston estaba acuartelada en el granero más grande del mediocre pueblo de Latouche. No es que a

[1] La Fuerza Expedicionaria Británica, o BEF (British Expeditionary Force), estaba constituida por las divisiones que el Ejército británico envió al norte de Francia durante las dos guerras mundiales para apoyar a las tropas francesas contra las alemanas.

Winston le disgustara ese lugar: sin duda era pintoresco y sus viviendas eran diferentes en forma y tamaño de las que él había conocido hasta entonces. Sin embargo, en vista de que al cabo de un mes de su llegada ya había visto todo lo que a cualquier joven corriente podría interesarle de un sencillo pueblo francés, estaba ansioso por marcharse a cualquier otro lugar. La absoluta imposibilidad de comunicar su deseo a sus superiores militares era sólo una de las muchas razones por las que estaba aburrido. Su compañía tenía orden de permanecer allí todo el invierno, y Winston se encontró en la extraña tesitura de quien, proponiéndose liberar al mundo, se convierte en prisionero de su propia ambición. Latouche era poco menos que una cárcel al aire libre. Cuando él llegó, a principios de diciembre, las lluvias habían transformado el pueblo en un lodazal. Los demás soldados de su compañía no tardaron en acomodarse dentro de lo posible, pero Winston era incapaz, por mucho que lo intentara.

James Merrill, un joven voluntario canadiense, le dijo que su problema era que no podía conciliar sus ideas sobre la guerra con las de sus compañeros británicos. Éstos se contentaban –cuando no tenían que trabajar construyendo una línea tras otra de emplazamientos para ametralladoras– con holgazanear por el espacioso granero, con leer revistas suministradas por los numerosos grupos de apoyo a los soldados que había en su país, con jugar partidas de *solo whist*, de *brag*, de damas, de ajedrez, así

como interminables partidos de bádminton en las diversas pistas que habían improvisado aplastando el barro que rodeaba el granero. Merrill le explicó que esos jóvenes británicos, al haber nacido a la sombra de la guerra, estaban del todo dispuestos a seguir sanos y salvos durante un tiempo indefinido. Cuando llegara la orden de marchar a combatir las balas alemanas, ninguno de esos hombres se quedaría atrás, afirmó Merrill, pero, hasta entonces, mientras el alto mando no se quejara de que siguieran vivos, tampoco tenían razones para no sentirse bien.

Winston admitió que estaba deseando que lo mataran. No podía evitarlo y no era culpa suya, le dijo a Merrill, pero eso era lo que sentía. Cuando estaba en Indianápolis, iba a la biblioteca y, desplegando ante él revistas y mapas, mataba a miles de ingleses, franceses y alemanes en una tarde, en una guerra imaginaria. Estaba descontento de que los aliados no hubieran enviado sus Fuerzas Aéreas a Polonia cuando el gigante alemán atacaba Varsovia. Le enfadó muchísimo que los aliados no hubieran intentado destruir la línea Sigfrido mientras los alemanes estaban ocupados con los polacos, y nada de lo que Merrill pudiera decirle le haría cambiar de parecer.

La inactividad tenía un efecto negativo en Winston. Le había costado mucho que lo aceptaran como voluntario en la BEF; había tenido que renunciar a la ciudadanía estadounidense y hacerse pasar por canadiense, además de superar montañas de trámites, antes de verse por fin en un vehículo que sacó

de Quebec a un pequeño número de soldados en una noche de niebla. Después de tomarse todas esas molestias, no tardó en descubrir que los ingleses no necesitaban hombres en aquellos momentos. Necesitaban dinero, munición y maquinaria, y estarían dispuestos a aceptar un reloj de oro en señal de contribución patriótica, pero no necesitaban voluntarios.

Tras la llegada del invierno a Latouche, Winston empezó a comprender por qué y, durante unas cuantas semanas, fue especialmente consciente de que era una boca más que alimentar y, de hecho, rechazó varias comidas, para asombro de los otros, cuyo apetito era insaciable hasta el punto de ir corriendo a la cocina con sus platos de campaña sin apenas remordimientos de conciencia. En el transcurso del invierno, el joven cuerpo de Winston traicionó sus ideales y lo obligó a comer como todos los demás, aunque ni siquiera entonces se encontró bien.

Winston descubrió que él era el único estadounidense que había en Latouche. Los británicos, según averiguó pronto, y en concreto el soldado de primera Ravenswood, su superior inmediato, no eran muy amables con los estadounidenses. A algunos de ellos Winston les repugnaba casi tanto como suponía que a él le desagradaban los alemanes. Reunidos en una u otra de las ocho pequeñas tabernas de Latouche, sacaban a relucir la cuestión de las deudas de guerra en cuanto veían a Winston y no dejaban de preguntarle si creía de verdad que Estados Unidos había ganado la guerra anterior. Winston dejó de ir a las tabernas.

Se pasó un tiempo intentando jugar a las damas, pero la mera vista del tablero lo hacía bostezar sin remedio. Merrill se apiadó de él y le enseñó los rudimentos del bádminton, pero sin ningún éxito. Merrill se había alistado como voluntario porque creía en el Imperio, mientras que Winston afirmaba que él lo había hecho porque creía en la democracia; no obstante, la diferencia entre ellos dos era que Merrill también podía creer en el bádminton en unos días en que el Imperio estaba temporalmente en segundo plano. Winston intentaba con todas sus fuerzas que le gustara el bádminton. Cuando lanzaban la pluma en su dirección, él la golpeaba con la raqueta con la misma vehemencia con que sus antepasados agitaban la culata de los rifles ante los indios que los atacaban con sus hachas de guerra. Sin embargo, al poco, Winston le dijo a Merrill que no tenía sentido fingir. Él había recorrido más de seis mil kilómetros para luchar en una guerra, y, aunque la gente se riera de él, la cuestión seguía siendo que, tras un viaje tan largo, le resultaba humillante perder el tiempo golpeando una especie de embudo con plumas por encima de una red.

Winston nunca había jugado a las cartas. Jugaba a los dados, pero, al ser el único estadounidense de Latouche, le era imposible organizar una partida el día de paga. Los demás deportes y juegos de los reclutas ingleses también aburrían a Winston, así que, al principio del invierno, tomó la decisión de leer muchos libros buenos antes de dejar que lo mataran.